



LOS RETOS DEL CRISTIANO ANTE LA OLA DE SECULARIZACIÓN

Me habéis pedido una reflexión sobre un tema concreto y me voy a centrar en ella. Después tendremos la oportunidad de hacer un diálogo y poder responder a preguntas referentes a lo que yo voy a hablar o a otras cuestiones que estamos abiertos para poder hacerlo. El tema que voy a desarrollar tiene un título, el título es: los retos del cristiano ante la ola de secularización.

Comencemos por hablar de qué es la secularización, qué significa ese término. La secularización es un cambio cultural que ha acontecido, no últimamente, sino ya podíamos echar unos siglos atrás para ser conscientes de que esa secularización ha supuesto una inversión de valores, casi un giro copernicano. Todos entendemos lo que significa la palabra giro copernicano, que era como muy distinto pensar que el universo gira en torno a la tierra o que giramos en torno al sol. La secularización ha sido como un giro copernicano de pensar que la vida tiene a Dios como en el centro de su vida y transformarse y pensar que no, que la vida tiene como centro al hombre. Eso ha supuesto la secularización: una inversión cultural en la que Dios deja de ser el centro de nuestra vida, de nuestra cosmovisión, y lo que pasa a ser el centro es el hombre.

Nuestra crisis se deriva de la pretensión del hombre de ser el centro de la existencia, incluso de ser como Dios, la presunción antropocéntrica. Hemos pasado del teocentrismo al antropocentrismo, la pretensión según la cual el hombre es capaz de salvarse a sí mismo, el hombre es autosuficiente, el hombre es la medida de todas las cosas. Pero lo cierto es que el antropocentrismo, esta pretensión de que el hombre sea el centro del todo, ha fracasado. Ha fracasado, entre otras cosas, porque cuando el hombre da la espalda a Dios solo vemos la sombra. Y cuando quitamos a Dios del centro de nuestra vida es que no queda ni el hombre, el hombre mismo entra en una profunda crisis.

De hecho hoy en día vemos que no es cierto que nuestra cultura sea antropocéntrica, el hombre no está en el centro de la cultura; lo que está es la tecnología, lo que está es la ciencia o ideologías determinadas como el eco centrismo. Ahora parece que el eco centrismo es como si fuese el centro del valor último de la vida; se quita Dios para, en vez de Dios, poner el eco centrismo como el valor superior. No es cierto que la sustitución de Dios como el centro de la vida haya pasado a tener al hombre en el centro, no es verdad. En el fondo el centro es el dinero, el centro es el poder, el centro es el triunfo de los avances de la tecnología, etcétera.

La crisis del pensamiento de la secularización nos ha sumido a todos, a la humanidad, en un profundo relativismo, en un relativismo feroz, pero con un matiz muy curioso. El modernismo pensaba que la sociedad del futuro tendría menos fe y más razón, y lo que ha ocurrido es que ciertamente quizás existe menos fe, pero hay menos razón, eso es lo cierto, y más superstición, más superstición. Cuando disminuye la fe no aumenta la razón, lo que aumenta es la superstición; dejamos de creer en Dios y pasamos a creer en cualquier cosa. Abandonando a Dios nos entregamos al esoterismo, nos entregamos a lo que fuere para intentar llenar el vacío inmenso que hay dentro de nuestro corazón, porque lo cierto es que en el corazón del hombre hay un vacío de tal tamaño que solamente Dios lo puede llenar. Estamos hechos por Dios y para Dios, es así. Por lo tanto, lo contrario de la fe no es la razón; lo contrario de la fe es la superstición.

Un matiz importante. Yo he hablado de relativismo, pero quizás debiéramos de hablar de otra cosa, de dictadura del relativismo, porque el término relativismo se vendió como que cada uno haga lo que considere oportuno, la libertad de conciencia malentendida, relativismo. Pero aquello no era verdad tampoco, aquello fue una mera estrategia para alcanzar el poder. Benedicto XVI fue el que comenzó hablando de que el relativismo caracterizaba nuestra cultura, pero en pocos años pasamos a la dictadura del relativismo. Se invocaba el relativismo cuando todavía no se había alcanzado el poder, pero una vez alcanzado el poder se acabó el relativismo y ahora ya se impone un pensamiento único de las nuevas ideologías que tienen que ser obligatoriamente asumidas por todo el mundo, negando la posibilidad de la objeción de conciencia.

En un tiempo la modernidad reivindicaba la objeción de conciencia: yo quiero hacer objeción de conciencia frente a las leyes. En este

momento, cuando se ha alcanzado el poder, se niega la objeción de conciencia por ejemplo al médico que no quiere participar en un aborto, etcétera, se niega la objeción de conciencia. En un tiempo la objeción de conciencia era un signo de modernidad, creer en la conciencia del hombre, pero alcanzado el poder, se acabó tal reivindicación. Lo cierto es que en este momento se impone una agenda, se impone un pensamiento, un pensamiento único. Básicamente se impone también, podíamos decir, una inversión antropológica. La agenda LGTB es una imposición muy grande en nuestra cultura; se califica de fóbico a cualquiera que no la asuma, a cualquiera que crea en el matrimonio como institución natural creada por Dios.

Decía quien fue secretario de la Conferencia Episcopal Española, Monseñor Luis Argüello, que en la práctica se fomenta el odio cuando se califica de fóbico a quien discrepa del pensamiento único dominante. Si yo por discrepar del pensamiento único dominante soy fóbico, entonces es que resulta que estamos utilizando una palabra; no hay que ser fóbico para imponer un pensamiento único.

Entonces, en esta gran crisis de secularización, ¿dónde está la clave? ¿Cómo nosotros nos presentamos delante de ella? ¿Qué tenemos que subrayar frente a ella? Yo creo que hay un tema clave que es que nosotros tenemos que afirmar la revelación de Dios. Creemos en el teocentrismo porque Dios no solo se limitó a crearnos y nos lanzó a la existencia como un relojero; que un relojero crea un reloj, lo vende y a partir de ahí ya no sabe qué ocurrió con el reloj que había vendido. Dios no solo nos crea: nos acompaña, se revela, se nos muestra, nos muestra su camino, nos acompaña en ese camino. Creo que el tema clave es el de la revelación; nosotros reivindicamos la revelación, no solo la existencia de Dios.

Hoy en día la frontera entre la increencia y la creencia no está en afirmar o negar la existencia de Dios. Eso era lo propio de los años 60 o 70, donde básicamente y culturalmente se dividían los ateos, que decían "no quiero la existencia de Dios", y los teístas, que creen en la existencia de Dios. Pero hoy en día la frontera no está ahí. Hoy en día la frontera está porque hay personas que dicen que creen en Dios como una energía universal. Eso es casi como si usted no creyese. La frontera está en si Dios ha hablado, si Dios nos ha mostrado un camino, si Dios se ha descubierto o si Dios no ha hablado. Esa es la verdadera frontera: creer o no creer en la

revelación. Dios se ha revelado, y eso es lo que marca la frontera entre la creencia y la increencia en el momento en el que vivimos.

El racionalismo ilustrado que nació de esa Revolución Francesa negaba la revelación, la negaba; no negaba la existencia de un principio absoluto, pero negaba la revelación. De hecho, en la catedral de Notre Dame de París se quitó la imagen de la Virgen María y se puso a la diosa razón, la diosa razón en el altar mayor. Los pensadores racionalistas de la Ilustración no podían creerse: "yo no me creo que Dios haya hablado y que ese evangelio que tienes tú sean palabras de Dios, no me creo eso". Dios no se comunica con los hombres, Dios está allí y nosotros estamos aquí. Parecía que eso era propio de gente inculta, de que no sabe razonar, gente que no es capaz de con su razonamiento pensar y está esperando a que Dios le hable y le diga las cosas; eso es propio de gente inculta.

No sé si conocéis una anécdota de aquel momento de la Revolución Francesa, que uno de estos ilustrados iba por el campo y a las 12 del mediodía los labradores interrumpían su trabajo, se quitaban el sombrero y empezaban a rezar el Ángelus. Uno de estos ilustrados, viendo al campesino hacer eso, le despreció, le pareció propio de un ignorante y le dijo para ponerle a prueba: "¿cómo es tu Dios, grande o pequeño?". Aquel hombre le dijo: "mire usted, mi Dios es tan grande que no cabe en la cabeza de un sabio como usted, y es tan pequeño que cabe en un hombre tan ignorante como yo". Esa fue su respuesta; la respuesta a un ilustrado al que le parecía que para poder conocer a Dios había que ser muy inteligente, y no como aquel hombre. Esa ideología descarta como absurda la posibilidad de que Dios haya hablado. Dios no puede, no se puede manifestar de una manera tan sencilla hablando a los hombres.

Por lo tanto, yo creo que aquí es donde nos lo jugamos, esta es la frontera entre creer o no creer en la revelación. Dios está allá y además se dice: "tú crees en Dios; algo habrá". Ya no dices "alguien", dices "algo habrá", una energía o lo que sea, que es decir: no sé, no sé exactamente. Pero ese algo no cambia tu vida, no la funda, con él no tienes una relación personal; es casi como ser ateo si Dios no se ha revelado, si Dios no se ha descubierto, si Dios no ha hablado. En el fondo, si tú no aceptas eso, seguimos en la increencia.

Ahora vamos a criticar este pensamiento, porque este pensamiento racionalista que alardea de tener un concepto muy puro y desarrollado de la divinidad comete un tremendo error, que es impedirle a Dios ser Dios. ¿Tú vas a impedirle a Dios lo que tiene que hacer? ¿Tú vas a decir que Dios no puede comunicarse y manifestarse a la gente sencilla? ¿Quién eres tú para decir eso? Se cae en la burda contradicción de supeditar la libertad de Dios a unos presupuestos ideológicos del racionalismo. ¿Pero tú quién eres tú para meter a Dios en tus conceptos racionalistas? No solo es una potestad divina comunicarse y revelarse, sino que además es perfectamente coherente con la imagen de Dios que se nos ha revelado como el Dios amor. ¿Hay algo más comunicativo que el amor? El amor no soporta ver a... cuando un padre ama no soporta ver a sus hijos ver cómo se pierden en la vida, sino que va en su búsqueda, se revela, les muestra el camino para ir camino de salvación. El rechazo racionalista hacia la revelación es la resistencia del hombre al amor de Dios, es la desconfianza hacia lo que Dios quiera decirnos.

Es curioso porque el hombre moderno dice cuando pasan cosas: "¿dónde está Dios?, ¿por qué no habla Dios?", y luego te dice: "no, Dios no habla". Vamos a ver, nos queremos aclarar un poco, nos queremos aclarar. Te estás quejando de que Dios no hable y luego, cuando decimos que sí ha hablado y aquí tienes tu palabra y acógela, dices: "no, Dios no habla". ¿Entonces cómo te puedes quejar de una cosa y su contraria? Soplar y sorber al mismo tiempo es que no se puede. Esta es nuestra contradicción, nuestra contradicción absoluta. El rechazo de la revelación esconde la sospecha de que Dios me va a robar mi autonomía. Si yo acojo la revelación, entonces Dios me marca el camino; yo no quiero que nadie me marque el camino. En el fondo estamos en el pecado original del Génesis: Dios quiere que os comportéis así y así no, si tú comes de ese árbol serás como Dios, harás lo que te dé la gana. Tenemos la desconfianza hacia la revelación, por eso no queremos aceptarla.

Pero nosotros pensamos que la libre decisión de Dios de revelarse es consecuencia de su amor, de un amor apasionado que le lleva a implicarse en la historia, que él toma la iniciativa y dice el evangelio, Juan 15,16: "no sois vosotros quienes me habéis elegido a Mí, soy Yo quien os he elegido a vosotros". Es una iniciativa de Dios, por eso, frente a este tiempo de secularización, reivindicemos la revelación, la revelación, la revelación. Dios habla. Echemos mano

de la palabra de Dios, tengamos a Dios, tengamos a la palabra de Dios en el centro de nuestra vida. Porque si Dios ha hablado, lo que no puede ser es que la Sagrada Escritura esté en la tercera banda de mi biblioteca metida. Si Dios ha hablado tiene que ser el centro de mi vida la revelación, la revelación.

Yo para intentar iluminar esto en términos muy sencillos a veces a los chicos, a los jóvenes de confirmación, les he puesto el siguiente ejemplo, porque también hay que poner ejemplos concretos que entendamos todo el mundo y no ser muy... Les he puesto el siguiente ejemplo: imagínate que tú eres un periodista y que estás intentando hacer un reportaje sobre la vida de un personaje que es muy famoso, muy inalcanzable, que todo el mundo quiere conocer, pero que está rodeado y protegido de escoltas, etcétera, que no hay quien se acerque a él. Haces un reportaje desde la distancia: tienes unas cámaras de unos teleobjetivos que sacan fotos casi desde un kilómetro de distancia y haces una suposición de cómo es su vida sin mucha capacidad de decir si está siendo cierto o no lo que dices de él. Haces una foto si ha ido a un sitio, aquí habrá venido porque aquí habrá hablado con no sé quién, estás siguiéndole desde la distancia. Y un día que llegas a tu casa te llevas la gran sorpresa de que por la noche suena el teléfono de tu casa y lo que nunca hubieses esperado, te llama él en persona y te dice: "oye, que me he enterado que estás queriendo conocer mi vida, yo quiero mostrarte mi vida, te vienes aquí y cenamos juntos". Imagínate lo que sería eso para él: el conocerle a ese personaje, el compartir su vida, el que el otro le diga "te voy a mostrar mi álbum de fotos, te lo voy a mostrar todo". La forma de conocimiento no tiene nada que ver de cómo le conocía antes a cómo le conoces ahora; pues esa es la Revelación. Pongamos un ejemplo como este para entender lo que es la Revelación.

Por eso nuestro conocimiento de la plenitud de la verdad se apoya en la palabra de Dios, se apoya en que Dios se ha revelado, y por eso es tan importante conocer la Sagrada Escritura. Y a la hora de hacer una interpretación de qué está pasando en esta sociedad, de qué pasa en la familia, hacerlo desde la palabra de Dios, que es lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino, y desde la palabra de Dios entendemos y somos capaces de hacer un juicio crítico de lo que acontece al mundo.

¿Cómo acoger la Revelación? Importante es acogerla en su integridad, no alguna cosita que me gusta, porque a veces suele

pasar eso: "yo tengo un par de pasajes de la Biblia que me gustan y entonces siempre los leo, lo demás es que no me dice tanto". ¿Cómo que no te dice tanto? Un momento, todo es palabra de Dios, no solo ese pasaje que te gusta. Hay dos maneras de leer la Sagrada Escritura: una es deteniéndose en aquellos pasajes que me resultan muy atractivos y pasando rapidito los demás; y otra manera es deteniéndome especialmente en aquellos pasajes con los que no tengo tanta connaturalidad, porque eso quiere decir que yo tengo ahí unas carencias, que tengo que enriquecerme de esa palabra de Dios que todavía no tengo la suficiente cercanía a ella. La palabra de Dios se tiene que recibir en su integridad, no seleccionándola, no cogiendo alguna cosita que eso es muy típico de nuestro tiempo: hacer una especie de menú a la carta. ¿Tú eres cristiano? Sí, si pero a la carta. Yo llego allí como quien va al supermercado y cojo una cosita, esto no lo cojo, esto... Así no se recibe la revelación, por eso es tan importante formarnos en la integridad de recibir la palabra de Dios, formarnos en la integridad del magisterio de la Iglesia Católica. Lo que no puede ser es que uno diga: "a mí es que me interesa mucho la liturgia y lo otro, y el compromiso social no tanto", "yo es que estoy muy centrado en el compromiso social, pero eso de la oración y eso de tal.... no". Perdona, tenemos que recibir íntegramente la Revelación.

Es obvio que también esa Revelación tiene que ser iluminadora de nuestra experiencia; yo cuando recibo la Revelación veo cómo ilumina mi experiencia, mi experiencia de vida, pero también al mismo tiempo tenemos que formar bien los conceptos, los conceptos de la vida. Hay un magisterio, la revelación se traduce en un magisterio; el magisterio de la Iglesia Católica está tutelando esa revelación de Dios. Hay un depósito, Dios ha puesto en manos de la iglesia el depósito de la Revelación y el magisterio de la iglesia cuida de esa Revelación. Por eso es tan importante conocer el magisterio de la Iglesia Católica, y por eso algo que es clave y determinante, señores: Catecismo de la Iglesia Católica. Nunca habíamos tenido un catecismo tan amplio, nunca habíamos tenido un catecismo en el que el conjunto del magisterio está muy íntegramente recogido.

Yo he escuchado a muchos obispos decir que ordenarían sacerdote a un joven que fuese piadoso y generoso en la entrega a los demás, que conociese bien el Catecismo de la Iglesia Católica; sería suficiente formación. Si es piadoso y si es generoso, y si es entregado y sacrificado y tiene ese nivel de formación, se le puede

ordenar, porque sí. Y además creo que como hoy en día también la cultura media ha subido mucho, sin duda alguna en este momento aquello fue promulgado como un catecismo mayor. Un catecismo mayor era algo que se le entregaba al obispo para que luego él hiciese catecismos menores, porque se entendía que la mayoría de la población no iba a tener la capacidad de leer ese catecismo mayor y había un poco que bajarlo de nivel en el contenido. Pero hoy en día las cosas, gracias a Dios, con el auge de la cultura media, ese catecismo mayor puede ser directamente el catecismo de muchas personas y por eso en Radio María lo hemos difundido así sin más, el catecismo mayor en directo.

Tenemos que acoger, yo creo que para formarnos, para crecer en la fe, hay cuatro niveles que tenemos que completar los cuatro: el primero, creer íntegramente el mensaje revelado y predicado por la iglesia; segundo, acogerlo con una coherencia de vida, no vale solo con creer y formarse, acogerlo con una coherencia de vida; tercero, compartirlo, ser testigos, apóstoles; y cuarto, rebatir los errores contrarios, que también esto hay que decirlo aunque no esté de moda hacer una apología en la que uno también rebata los errores contrarios. Porque si no llegamos al cuarto punto estamos cojos. Si yo me limito a creer la revelación pero al lado mío hay quien dice lo contrario a esto, y si parece que caben las dos cosas, entonces hay que tener capacidad de rebatir los errores. Son esos cuatro niveles: creer íntegramente el mensaje revelado, acogerlo con una coherencia de vida, que mi vida sea coherente con ello, ser apóstol, difundir, transmitirlo, y en cuarto lugar rebatir los errores contrarios.

Y para no quedarme en la teoría, lo que he pensado es que en esta segunda parte de la reflexión que ahora voy a desarrollar... se suele decir: lo cual se demuestra con un ejemplo y ahora voy a poner el ejemplo. Voy a poner el ejemplo de lo de rebatir los errores contrarios. El Papa Francisco, en esa exhortación apostólica que publicó en el año 2018 con el título *Gaudete et Exultate*, que era una exhortación abordando el tema de la santidad, llamándonos a la santidad en el mundo actual, muy interesante y que ha sido bastante desconocida por desgracia, en el capítulo segundo hizo una descripción de dos sutiles enemigos o errores que están muy extendidos, los describió y abordó el cómo rebatirlos. Entonces me parece que merecería la pena que esta exposición que he dicho sobre la importancia de la Revelación y la importancia también de que la recibamos íntegramente y que rebatamos los errores

contrarios, también seamos capaces de concretar errores de nuestro tiempo.

El Papa dice principalmente hay dos errores en nuestro tiempo que son errores viejos en la historia de la iglesia, pero que tienen mucha actualidad en el momento actual. Voy a decir una cosa: hoy en día ser hereje y original es muy difícil porque en la historia de la iglesia ya ha habido tantas herejías y tantos errores que la originalidad es muy difícil; las nuevas herejías no son sino repeticiones de las viejas herencias de otros tiempos. Los errores se repiten en situaciones distintas, pero básicamente estamos en lo de siempre. El Papa habló de dos errores: el pelagianismo y el gnosticismo. Y fijaros que son dos errores de los que habló en una exhortación dirigida a todos los fieles del mundo. Es verdad que tres semanas antes se publicó por parte de la Congregación de la Doctrina de la Fe un documento que se llamaba *Placuit Deo*, que en un nivel más teológico se hablaba de estos dos errores, pero ya para teólogos, digamos en un nivel teológico. Pero el Papa dijo: "bueno, ustedes díganlo para los teólogos en su nivel, pero yo lo voy a decir en la exhortación a todo el mundo". Y fue muy hermoso ver cómo tres semanas antes se publicó el documento para los teólogos, pero luego después, tres semanas después, en el capítulo segundo de esa exhortación de la santidad el Papa se lo dijo a todo el mundo: aquí hay dos grandes errores que han invadido el mundo después de esta secularización: el pelagianismo y el gnosticismo. Voy a ellos.

El pelagianismo ¿de dónde viene? El pelagianismo coge el nombre de un monje a caballo entre el siglo cuarto y quinto nacido en la actual Gran Bretaña, un monje que se llamaba Pelagio. Era un monje que se caracterizaba por tener un porte físico muy fuerte, psicológicamente un hombre muy seguro de sí mismo, muy capaz, con muchas cualidades humanas, un superman. Su seguridad, esa seguridad que tenía en sí mismo se convirtió en una puerta de tentación, porque uno dice: "padre, a mí la puerta de mi tentación es mi pereza, soy muy perezoso". Sí, también la fuerza de voluntad puede ser una puerta de tentación; hay muchas puertas de tentación. Ese derroche de fuerza de voluntad que él tenía le llevó a decir que la gracia de Dios no es necesaria para hacer el bien, ya

está, que lo que tenemos que hacer es hacer el bien. ¿Qué es eso de estarle diciendo a Dios: "ayúdame, Señor, a superar esta debilidad, este vicio mío"? ¿Qué estás pidiéndole a Dios? Hazlo,

eso está en tu mano, no le pidas a Dios lo que tú tienes capacidad de hacer, eres un vago. Entonces él incluso dice: ¿qué es eso del pecado original? Claro, como tuve un pecado original ahora por ese pecado original tengo debilidad y no soy capaz de hacer el bien. Él niega el pecado original, no es verdad que exista el pecado original de esa manera. Él dice: el hombre tiene capacidad de hacer el bien, y si no la hace es porque no le da la gana. Esa fue la herejía pelagiana. Por cierto, hoy en día se habla mucho de pecado original? casi ha desaparecido eso. Fíjate porque también esta herejía pelagiana tiene su presencia en nuestros días.

¿Qué es lo que viene a decir Pelagio? Querer es poder. Ojo a esa expresión, que la hemos podido decir nosotros también en un sentido no herético, pero ojo con la expresión querer es poder porque, a fuerza de reafirmar la fuerza de voluntad y la libertad supuestamente omnímoda, se olvida la existencia del pecado original, se olvida de que no somos nada sin la gracia de Dios. No somos nada sin la gracia de Dios, esa fue la herejía pelagiana. Luego tuvo distintas versiones, hubo pelagianos y semipelagianos, la cosa tuvo su complejidad, pero ahora no me voy a meter en eso. Lo que voy a decir es que fue principalmente San Agustín, el gran predicador anti pelagiano, fue el hombre elegido por Dios para afrontar esa herejía porque San Agustín creía en la gracia de Dios. Él sabía cómo había sido su vida, él había visto su debilidad, la debilidad que había tenido él, y sin la gracia de Dios yo no estaría convertido; si ha sido mi madre llorando la que ha conseguido la gracia de Dios para mí. Entonces dice San Agustín a Pelagio: habéis reducido a Jesucristo a un ejemplo de vida, siendo así que Jesucristo no solo es un ejemplo de vida, sino que es la fuente de gracia que necesito para poder seguir sus pasos. Vaya frase. Jesús no solo es un buen ejemplo, Jesús es la gracia que necesito para obrar el bien; sin su gracia yo no soy nada. Él no solo me da un ejemplo; yo con un buen ejemplo ¿qué hago si no tengo la gracia para seguirlo? Es decir, no somos nada sin la gracia de Dios, somos mendigos de la gracia de Dios, y de eso nos hemos olvidado y estamos en un neo pelagianismo porque el hombre ha olvidado que necesita de la gracia de Dios.

Traducido a nuestros días, porque eso pasó hace muchos siglos, hoy en día existe dice el papa, voluntad sin humildad de quien pretende organizar la vida ignorando que tenemos fragilidades y que convivimos con heridas. Y es muy importante que uno identifique sus heridas, las acepte y aprenda a convivir con ellas y a

presentarlas delante de Dios; es que si no ¿a dónde vas? Te vas a estrellar, te piensas que te comes el mundo y te vas a pegar un tortazo porque no has sido capaz de identificar y de poner delante de Dios tus debilidades. Por el contrario, nosotros creemos que la santidad va de la mano de la aceptación de nuestros propios límites y de nuestras fragilidades; creemos que no es lo mismo santidad que perfeccionismo. Ya sé que hay un texto en San Juan que dice "sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto", pero en ese texto el concepto de perfecto no tiene este componente de perfeccionismo psicológico, es otro sentido de la palabra. Ser perfecto no es lo mismo, ser santo no es el perfeccionismo en el sentido humano, porque se puede y se debe ser santo con nuestras limitaciones no perfectas. Por ejemplo, pueden ser santos las personas que tengan tendencias psicológicas de falta de equilibrio, si claro que pueden ser santas; alguien que tenga desequilibrios de falta de control de sí mismo, que psicológicamente no tenga ese don de una capacidad de autocontrol, que tenga una angustia que no termine de controlar, ¿ese puede ser santo? Sí, puede ser santo, está llamado a ser santo, porque la santidad y el perfeccionismo no es lo mismo. Ser santo es responder a Dios desde mis limitaciones, desde mis capacidades, contando con los talentos de los que parto, eso es ser santo.

Por otra parte, el pelagianismo no tiene paciencia, lo quiere todo aquí y ahora, y Dios sin embargo tiene paciencia. Acordaos del pasaje evangélico de aquella vid que no daba frutos, que le preguntan al dueño de la vid: "¿la cortamos?", y dice: "no, déjala, la vamos a regar, la vamos a cuidar a ver si el año que viene da fruto". Así es Dios, no es pelagiano, ciertamente Dios tiene paciencia. El pelagianismo es un falso sentimiento de seguridad; ni siquiera es bueno que uno tenga una falsa seguridad en sus propias obras. Cuántas veces hemos dicho: "yo soy una buena persona, yo ni mato ni robo". Esa frase la tengo yo marcada porque es que es una frase que me echa para atrás, es un falso pelagianismo: "yo soy buena persona, yo ni mato ni robo". Tienes una falsa confianza en tus obras como empieces un poco a expurgar. Tu tranquilidad de conciencia en el fondo es un signo de mala memoria; no es que tengas una conciencia en paz, lo que tienes es mala memoria, lo que tú no te has puesto en la presencia de Dios. El pelagianismo es un falso sentimiento de seguridad. Nosotros no pretendemos... sí, Dios nos llama a presentarnos ante Dios acompañados de buenas obras, pero no apoyados en nuestras buenas obras. Dios quiere

que nos presentemos ante El con buenas obras, pero no apoyados en las buenas obras, sino apoyados en la misericordia de Dios.

Decía Santa Teresita de Lisieux con mucha gracia: "yo cuando me presente delante de Dios no quiero tener los brazos llenos de buenas obras, porque si estoy con todas mi buenas obras sujetándolas en mis brazos y estoy delante de Jesús, no lo voy a poder dar un abrazo; casi prefiero tener los brazos vacíos y así le puedo abrazar a Jesús". Es una imagen, un pasaje de Santa Teresita impresionante, como diciendo: si tú te apoyas en tus buenas obras te crees seguro en ellas y entonces te haces incapaz de darle un abrazo a Jesús porque te estás apoyando no en la misericordia de Dios, sino en tu falsa seguridad. Por eso, porque existe también una tendencia, a que el pelagianismo hoy en día también se haga presente. Un consejo que da el Papa para luchar contra la tendencia pelagiana dice él: tened en cuenta que hay jerarquía de virtudes. Por ejemplo, cuando uno pone la virtud de la caridad en la cumbre de la jerarquía y se da cuenta, por ejemplo, qué es más importante, ¿el orden o la caridad? El pelagiano diría: "déjate de tonterías, el orden", pero el cristiano dice: "no, mira, la caridad; aunque hoy me toque ser desordenado, pero lo más importante es la caridad". Tener en cuenta que existe una jerarquía ante las virtudes que nos salva también del pelagianismo, de un falso perfeccionismo.

Pero decía que el papa habla de dos errores fruto de la secularización que hoy en día se han hecho omnipresentes: uno es el pelagianismo, el segundo el gnosticismo. Si el pelagianismo era una herejía que pone la fuerza de voluntad como la clave de la santidad, el gnosticismo pone el acento en la inteligencia. El pelagianismo viene a decir: ser santo es tener voluntad fuerte, y los gnósticos dicen: ser santo es ser muy sabio, muy sabio, conocedor de los misterios de Dios. Fue también una doctrina incluso anterior al pelagianismo, fue el gnosticismo antes que el pelagianismo, esto es importante saberlo; ya había gnosticismo en el primer siglo y no digamos nada en el segundo, antes que el pelagianismo que es del siglo cuarto y quinto. Entonces es una doctrina que de alguna manera es de tipo ocultista, esotérica, que se desarrolla en aquel tiempo, que prometía a sus seguidores conseguir un conocimiento de los misterios escondidos, o sea, ser conocedores de las cosas divinas que los ignorantes no son capaces de conocer, un club de selectos para entendernos. Es como una especie de promesa de formar parte de un grupo de elegidos que tienen acceso a un grado

de conocimiento superior que el vulgo, el pueblo llano, no es capaz de conocer. La iglesia respondió con contundencia contra esta herejía y dijo que lo que nos salva, lo que nos santifica, no es tener muchos conocimientos, sino amar y convertirnos, que es el amor el que nos lleva a la santidad, no el tener una cultura muy desarrollada, muy vasta.

Por ejemplo, existe también ese riesgo por lo que a la teología se refiere, existe ese riesgo. De hecho vamos a decir una cosa: que ser teólogo y ser santo fue una sola y misma cosa hasta el siglo XII o por ahí; fue a partir del siglo XII cuando ya comenzaron los nominalismos y tal, que ya se podía empezar a ser teólogo sin ser santo para nada. Se hizo una disgregación de lo que en sí debería de estar unido, que es que si yo conozco a Dios tengo que amarle. Pero es que hoy en día claro que existe ese gnosticismo: uno que tiene mucha cultura tiene la cabeza muy caliente pero el corazón muy frío, ¿entonces eso para qué te sirve?

Cuando San Juan Pablo II fue a España a hacer aquella primera visita en el año 82, que fue impresionante, y cuando fue a Salamanca, la cuna de los teólogos en España, allí en Salamanca habló de la teología arrodillada, dijo: "si la teología no es arrodillada no sirve para nada; si la teología no me lleva a arrodillarme...". Si yo por creer que soy teólogo parece que yo ya no tengo necesidad de rezar el rosario, que eso es para el vulgo, o yo no me voy a poner de rodillas delante de la eucaristía como si fuese un niño... ¿Cómo que no?, precisamente porque eres teólogo. Porque también existe el riesgo de que uno coja una falsa seguridad en sus conocimientos y le haga soberbio, claro que existe ese riesgo, es la tentación incluso de tener un cierto complejo de superioridad con respecto a quienes no tengan esa cultura. Y el Señor se ha revelado a los sencillos, y los gnosticos sin embargo se caracterizan por refugiarse en una religiosidad misteriosa. ¿Pero qué misterios?, si tú te acercas al Evangelio y te dice: "Padre, te doy gracias porque estas cosas se las has ocultado a los que se las dan de inteligentes y se las ha revelado a la gente sencilla". Fíjate tú lo que dice el Evangelio, no hay un texto anti gnóstico más fuerte que este. O no digamos nada cuando dice: si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos. El evangelio es anti gnóstico, es increíble que el gnosticismo surgiese en el primer momento de la vida de la Iglesia. O sea, que para poder ser santo hay que ser como niño, nada que ver con el gnosticismo, que es el supuesto acceso a unos conocimientos ocultos.

El gnosticismo está presente en nuestros días, ¡vaya que sí, vaya que sí! Se lleva muy bien con el relativismo. Antaño las herejías consistían, por ejemplo, en negar las verdades; hoy en día consisten en reinterpretarlas desde nuestra subjetividad y nuestras ideologías, vaciándolas de contenido. Creo que los milagros son un signo de... por ejemplo, cuando Jesús multiplica aquellos cinco panes y dos peces, pues es un canto a la generosidad: si ese niño comparte sus panes y sus peces, es el milagro de la multiplicación de la generosidad. La interpretación subjetiva de ese milagro es: hay que interpretarlo inteligentemente, no en el sentido burdo de su literalidad. "¿Tú crees en la Eucaristía?" "Sí, yo creo en la Eucaristía porque la Eucaristía es un signo de compartir, es el signo de la mesa, el signo del..." "Bueno, ¿pero tú crees que está Jesucristo realmente presente en el pan eucarístico?" "A ver, bueno, no metas esos conceptos, hay que interpretar en un sentido más maduro de intelectual". "¿Tú crees que María es virgen?" "Hombre, sí, pero no me pretendas decir virgen en el sentido físico de la palabra, de que no tuviese relación con San José, sino en el sentido de la virginidad como el corazón abierto al amor de la vida, ese es el sentido". Es decir, el gnosticismo de nuestros días se caracteriza por una reinterpretación de la revelación, vaciándola de contenido, reduciéndola como una enseñanza ética y olvidando que lo principal del evangelio es el acontecimiento. Que Jesús aconteció.

Existe en nuestros días, un cierto evangelismo desencarnado que dice: "no, Jesús no ha venido a enseñarnos una doctrina, ha venido a enseñarnos un estilo de vida". Hombre, no sé por qué contraponen ambas cosas, es que un estilo de vida nuevo, que es cierto que Jesús quiere darnos, ¿no necesita también una verdad en la que se funde? ¿Por qué decir no a la doctrina? ¿Por qué hacer antipática la palabra doctrina? ¿Por qué? ¿Quién nos ha metido ese gol? ¿Quién nos ha metido el gol de que la palabra doctrina sea antipática y que reduzcamos el evangelio a unas enseñanzas sapienciales de interpretación subjetiva de cada uno?

Existe, sin duda alguna, el gnosticismo en nuestros días, y toda la Nueva Era que estamos viviendo es un signo de gnosticismo, toda la Nueva Era. Toda esa Nueva Era en la que se confunde ayuno con dieta o se confunde oración con relajación. Todo esto está también dentro de ese gnosticismo, está dentro de ese gnosticismo. Estamos en un tiempo en el que yo creo que hemos pasado del "Cristo sí, Iglesia no" a "espiritualidad sí, religión no", porque la religión es una revelación, un camino de revelación, mientras que la

espiritualidad soy yo el que busco. Pero la religión es Dios quien ha venido a buscarte, es el otro el que llamó al periodista y le dijo: "ven aquí que quiero hablar contigo", la iniciativa es suya. Pero en la espiritualidad soy yo el que busco; entonces sustituimos la religión por la espiritualidad, pero es dejar de ser una visión teocéntrica a ser una visión antropocéntrica en la que tú eres el centro, tu nirvana, tu estado interior.

Recuerdo haber escuchado en una ocasión una descripción que es la siguiente. A ver cómo lo veis, decían: "las religiones son el vaso, la espiritualidad es el agua; no importa con qué vaso bebas el agua, tú coges el vaso que quieras, incluso hasta también se puede beber agua sin vaso, se bebe así al morro, como se dice, bebes el agua, puedes ir con un vaso, con otro vaso, con otro vaso, lo importante no es qué vaso utilices, o igual ninguno, el caso es que bebas el agua, lo importante es la espiritualidad, no el vaso". Esa descripción es Nueva Era completamente, es gnosticismo completamente, porque Jesús no solo es la espiritualidad, Jesús es el camino para llegar al Padre; si al camino le quieres llamar vaso, llámale vaso, es el camino, Jesús es el camino, la verdad y la vida. Luego la religión cristiana, la religión cristiana no es un constructo del hombre, sino que es una revelación del Padre, no es un constructo nuestro. Jesús es el vaso y el agua, vamos a ser claros: Jesús es el vaso y Jesús es el agua. Pero el gnosticismo de nuestro tiempo hace esa distinción: "lo importante es el agua, no el vaso, y además se puede beber agua sin vaso también". En el fondo es cambiar la religión por la espiritualidad, entendida la espiritualidad como una búsqueda de trascendencia del hombre. Pero, en el fondo, volvemos al punto primero de esta charla: estamos negando la revelación. Pero Dios nos ha revelado, Dios nos ha descubierto, no te ha manifestado el camino?. ¿Ahora cómo empiezas tú a retroceder 2000 años en la historia y a buscar a Dios como si El no hubiese hablado? Es como si volviésemos al hombre de Cromañón, hombre, o sea, estamos de repente retrocediendo la historia como si Dios no se hubiese revelado.

En resumen: revelación y revelación con "v", no con "b" obviamente. Creemos en que Dios se descubre, que Dios nos habla, Dios nos ama, Dios nos ama. Y tenemos que ser enamorados de la revelación, con la capacidad también desde ella de ser capaces de desenmascarar los errores de nuestro tiempo, como el papa hace en *Gaudete et Exultate*, como el pelagianismo, súper presente en nuestro tiempo porque no creemos en la gracia de Dios, o como el

gnosticismo, súper presente en nuestro tiempo porque seguimos pensando que cada uno tiene que estar buscando desde sus métodos pues no sé qué tipo de sensaciones interiores que le relajen y que le lleguen a la unión con no sé qué cosmos, porque no se ha enterado de que Dios vino en Jesucristo, que Jesús es el revelador del Padre y que Jesús te está hablando al corazón y te está invitando a la conversión para acoger su palabra.

Por lo tanto, os invito a todos, queridos oyentes de Radio María que escucháis esta charla quizás desde otros momentos, a los que estáis aquí en la sala, a los que seguís esta charla por YouTube, os invito a todos a formarnos en la revelación, a formarnos en ella. ¿Cómo se hace eso? Pues mira, lo he dicho antes: tenemos un instrumento maravilloso que es el Catecismo de la Iglesia Católica, en la cual está incluida la Sagrada Escritura. Es decir, la manera de acceder a la Sagrada Escritura puede ser perfectamente también a través del Catecismo de la Iglesia Católica, dentro de la cual hay un acceso pues muy organizado a los distintos textos de la revelación en los cuales se fundan las doctrinas que ahí se nos presentan. Le doy gracias al Señor por ese don del Catecismo.

Le pido a nuestra madre, a nuestra madre del cielo, que ella ha sido la que mejor ha recibido la revelación, la que mejor la ha acogido, que nosotros tengamos esa docilidad. Os invito a que cuando abráis la Biblia, cuando abráis el catecismo, invoquéis a la Virgen María diciendo: "*Ave Virgo audiens*, ave tú que escuchaste la palabra, enséñame también a mí a escucharla, enséñame a acogerla". En España tenemos la costumbre, no sé aquí, que cuando nos vamos a confesar, es una costumbre muy española, decir: "Ave María Purísima". Bueno pues eso, es una costumbre muy de España, "Ave María Purísima" cuando me voy a confesar. Pues cuando voy a escuchar la palabra: "*Ave Virgo audiens*, ave tú que escuchaste la palabra". Te invoco a ti antes de leer la Biblia, te invoco a ti antes de leer el catecismo para aprender la palabra como tú la acogiste.

Muchas gracias.

